

IGNACIO BOLÍVAR Y URRUTIA

NECROLOGÍA

Por ÁNGEL CABRERA

El día 19 del pasado noviembre, a la avanzada edad de noventa y cuatro años, dejó de existir en la ciudad de México el naturalista español doctor Ignacio Bolívar y Urrutia, académico honorario del Instituto del Museo de La Plata desde el año 1928, y una de las figuras más representativas de la ciencia en la madre patria durante los últimos diez lustros.

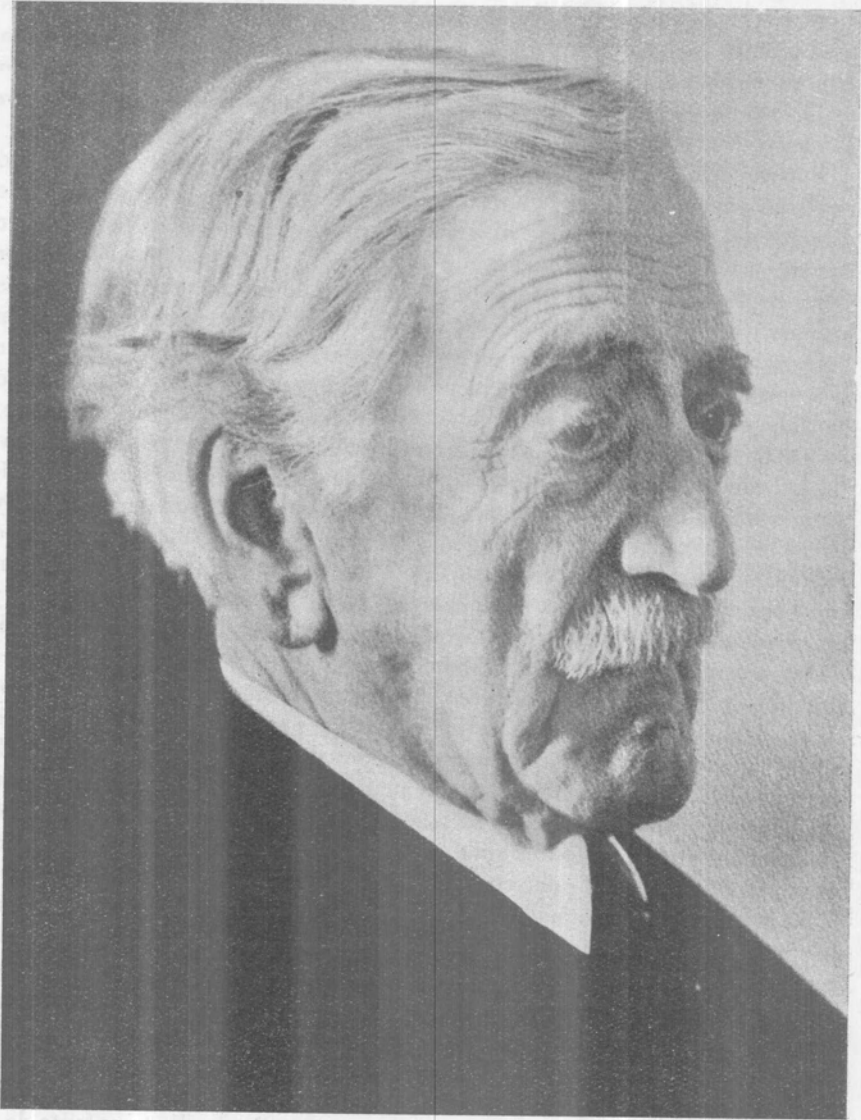
Descendiente de una noble familia vasca, la misma de que procedía Simón Bolívar, el Libertador, nació el doctor Bolívar en Madrid el 9 de noviembre de 1850, en una época en que los estudios científicos apenas tenían adeptos en España, y fué justamente él uno de los que mayor empeño puso en que, por lo que se refiere a las ciencias naturales, cambiase radicalmente aquel estado de cosas. Siguiendo al mismo tiempo las carreras de derecho y de ciencias naturales, mientras jamás llegó a hacer uso de su título de abogado, se distinguió muy pronto por sus investigaciones en el campo de la entomología, y era aún muy joven cuando en el mundo científico se elogiaban ya sus trabajos sobre ortópteros, hemípteros y coleópteros, así como también algunos relativos a los crustáceos. A los veintiún años, en unión de unos cuantos amigos, contribuyó a fundar la Sociedad Española de Historia Natural, y a los veinticinco obtenía por concurso de oposición el puesto de ayudante en el Museo de Historia Natural de Madrid, que de antiguo gabinete real había descendido a ser simple museo de la Facultad de Ciencias. Dos años más tarde, también por oposición, era nombrado catedrático de entomología, y con la colaboración de otros dos o tres jóvenes profesores, y sobre todo la del mineralogista Salvador Calderón, iniciaba la empresa, que le ocupó la mayor parte de su vida, de transformar aquel museo en un centro científico de primer orden.

Uno de los medios que para ello empleó Bolívar, fué la formación de verdaderos naturalistas. Supo inculcar a sus discípulos su propio entusiasmo por las ciencias de la naturaleza, no sólo con sus enseñanzas en la cátedra, sino estimulándolos a la investigación y llevándolos con él al campo para

que conociesen la naturaleza en la naturaleza misma. La recolección de ejemplares, el estudio de los mismos y la publicación de los resultados de este estudio fueron su preocupación constante, y supo hacérsela compartir a cuantos pasaron por su cátedra. Procuró ante todo formar entomólogos, pero no tenía el egoísmo del especialista exagerado, y ayudó a todos los jóvenes investigadores, cualquiera que fuese la rama de la historia natural que cultivasen. Aunque él llegó a ser sobre todo ortopterólogo, opinó siempre que el verdadero naturalista debía tener conocimientos generales de todo lo que entra en los límites de las ciencias naturales, y él mismo fué más allá, pues tenía conocimientos más que medianos en literatura y en música, y era un admirador de la buena pintura y un excelente dibujante. Muchas de las ilustraciones de sus trabajos se deben a su propio lápiz.

Bolívar era conocido, desde hace muchos años, en todo el mundo como maestro y como investigador. Autor de algunos centenares de memorias y monografías y colaborador del *Genera Insectorum* de Wystemann, era además autor, en unión de Calderón, de un excelente *Manual de Zoología* y de unos *Elementos de Historia Natural*, de los que se hicieron varias ediciones. Las revistas entomológicas de todos los países solicitaban su colaboración, y apenas había expedición científica, fuera cual fuese la nación en que se organizase, que no le confiara para su estudio los ortópteros obtenidos. Él mismo fué un viajero incansable hasta los últimos años de su vida. En su juventud había visitado, como entomólogo, el norte de Marruecos, y conocía hasta el último rincón de España, que había recorrido palmo a palmo, en gran parte en una época en que los medios de comunicación hacían peligrosas, o al menos difíciles, tales excursiones.

A los cuarenta y ocho años, lo que en Europa era entonces un caso poco frecuente, era Bolívar nombrado miembro de la Real Academia de Ciencias de Madrid, y dos años después formaba parte de una comisión nombrada por el gobierno español para reformar la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. El espíritu innovador del sabio, enemigo de los moldes arcaicos en que la ciencia oficial de su país se había visto encerrada, tuvo entonces ocasión de manifestarse sin obstáculos, pero aún se desplegó con mayor libertad y amplitud al confiársele, en 1902, la dirección del Museo de Historia Natural. El valioso contenido de este centro se hallaba a la sazón almacenado de cualquier manera en los sótanos del edificio de la Biblioteca Nacional. Bolívar consiguió presentarlo en forma decente, y en seguida gestionó, y logró, su traslado al que había sido palacio de exposiciones de Bellas Artes, en el Paseo de la Castellana. Allí, con la ayuda de unos cuantos colaboradores entusiastas, le dió forma moderna, organizó colecciones de estudio y laboratorios, aumentó considerablemente la biblioteca, utilizó los mejores taxidermistas, a los que además envió a estudiar al extranjero con los mejores maestros, y por último, consiguió independizar el Museo de la Facultad de Ciencias, transformándolo en una entidad autónoma, bajo la fiscalización administrativa de la Junta de Ampliación de Estudios e



Simón Bolívar

Investigaciones Científicas, repartición oficial que él mismo había ayudado a crear y en la que, con el ilustre Cajal, realizó también una labor titánica para bien de la ciencia española. Con la ayuda económica de la misma Junta, creó los *Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales*, dotando así a éste de una publicación propia, y fundó las series tituladas *Fauna Ibérica* y *Flora Ibérica*.

Por imperio de la ley, al cumplir el doctor Bolívar los setenta años tuvo que jubilarse como profesor, pero no estando obligado a dejar su cargo de director del Museo, continuó al frente del mismo, mientras en la cátedra le sucedía uno de sus más brillantes discípulos, su propio hijo, el doctor Cándido Bolívar Pieltain. Su jubilación fué todo un acontecimiento. Sus amigos y admiradores, no sólo españoles sino de todas partes, editaron en homenaje suyo un volumen con su biografía, y la Sociedad Española de Historia Natural, de la que era ya presidente honorario, le dedicó un tomo de trabajos de hombres de ciencia de diversos países. Pocos años más tarde, en 1928, la Real Academia de Ciencias premiaba sus méritos con la Medalla Echegaray, que hasta entonces sólo había sido otorgada a un reducidísimo número de hombres ilustres, entre ellos Cajal y Svante Arrhenius, y en 1930, la Academia Española de la Lengua lo llamaba a su seno, como representante de la literatura científica. Por entonces, era ya Bolívar miembro honorario o correspondiente de casi todas las sociedades zoológicas y entomológicas del mundo y doctor «honoris causae» de diversas universidades europeas y norteamericanas. Pero lo que generalmente ignoran muchos de los que conocen la obra del ilustre entomólogo, es que cada uno de estos honores supuso una verdadera lucha para vencer su repugnancia a aceptarlos; porque de las muchas virtudes de Bolívar, fué la modestia la más saliente. Jamás conversaba con nadie «ex cathedra», ni aun con sus alumnos más jóvenes, y no ya su laboratorio, sino su propia casa, estaban siempre abiertos para todo aquel que deseaba consultarlo sobre cualquier punto científico o cualquier cuestión de enseñanza.

El doctor Bolívar tenía ideas democráticas profundamente arraigadas; era lo que entonces se llamaba en España «un liberal». En el gobierno de la república encontró apoyo decidido para su Museo y para el progreso de las ciencias naturales, pero esto mismo le obligó a expatriarse al ser aquél derrocado. Llegó a México anciano y casi ciego, por un desprendimiento progresivo de la retina, y los hombres de ciencia mexicanos lo recibieron con los brazos abiertos. Lleno de vitalidad, trabajando casi hasta sus últimos días, se hubiera dicho que, pese a sus años, iba a salir triunfante de la adversidad. Pero Bolívar era, además de un verdadero sabio, un verdadero hombre de hogar y un esposo amatísimo, y el fallecimiento de su compañera, la virtuosa señora Fermina Pieltain, ocurrido a mediados del año, fué fatalmente seguido de la desaparición de este hombre ejemplar, cuya vida es como un resumen de la historia de las ciencias naturales en España durante medio siglo.